

DOMINGO DE RESURRECCIÓN “A”

“No busquen entre los muertos al que vive”

Hch 10,34a-37-43:

“Nosotros hemos comido y bebido con él después de la Resurrección”

Sal 117,1-23:

“Éste es el día en que actuó el Señor: sea nuestra alegría y nuestro gozo”

Col 3,1-4:

“Busque los bienes de allá arriba, donde está Cristo”

Jn 20,1-9:

“Él había de resucitar de entre los muertos”

I. LA PALABRA DE DIOS

San Lucas, como lo hicieron S. Pedro y S. Pablo, presenta en **Hechos** el núcleo central de la predicación cristiana, el *kerigma*, “la sustancia viva del Evangelio”.

La expresión «**Morir con Cristo**» tenía en **San Pablo** una resonancia especial: Al dejar constancia de que su «**vida está oculta con Cristo en Dios**», invita a todos a una ruptura definitiva con cualquier actitud egoísta anterior, porque de ello depende *aparecer «con Cristo en la gloria»*. Nuestra resurrección final consumará y manifestará lo que ya se ha realizado en el secreto de nuestra vida cristiana.

«**Vio y creyó**»: Aunque el hecho de encontrar el sepulcro vacío tiene gran importancia, en sí mismo no es *prueba* de la resurrección de Jesús, sino una especie de contraprueba, un *signo* según la terminología teológica de Juan: el sudario (pañuelo que se anudaba envolviendo la cabeza del difunto) aún enrollado, no revuelto con las vendas, sino de modo diverso en su mismo sitio (no “aparte” en sentido local como dice la traducción, sino “diversamente” en el sentido de distinto modo); y las vendas en el suelo –yaciendo suavemente, sin el volumen que habían tenido al envolver el cadáver, como desinfladas, liberadas del cuerpo que cubrían– indicaban que el cadáver de Jesús había desaparecido, pero que no había habido violencia y, por tanto, no había sido robado. Después, la gracia de comprender la Escritura, y las apariciones de Jesús resucitado, fueron datos determinantes para la fe de la primera comunidad cristiana.

«**¡Ha resucitado!**»: Es la noticia que hoy nos es gritada, proclamada. Esta es “La Noticia”. Es una certeza que se nos da a conocer. La gran certeza, la que sostiene toda nuestra vida, la que le da sentido y valor. ¡Ha resucitado! No podemos seguir viviendo como si Cristo no hubiese resucitado, como si no estuviese vivo. No podemos seguir viviendo como si no le hubiera sido sometido todo; como si Cristo no fuera el Señor, mi Señor. No podemos seguir viviendo «como si». Sólo cabe buscar con ansia al Resucitado, como María Magdalena o los apóstoles; o mejor, dejarse buscar y encontrar por Él.

«**¡Ha resucitado!**». También nosotros podemos ver, oír, tocar al Resucitado. No, no es un fantasma. Es real, muy real. Cristo vive, quiere entrar en nuestra vida. Quiere transformarla. No, nuestra fe no se basa en simples palabras o doctrinas, por hermosas que sean. Se basa en un hecho, un acontecimiento. Sí, verdaderamente ha resucitado el Señor. Para ti, para mí, para cada uno de todos los hombres. Él quiere irrumpir en nuestra vida con su presencia iluminadora y omnipotente. Es a

Él, el mismo que salió resucitado del sepulcro, a quien encontramos en la Eucaristía.

«**¡Ha resucitado!**». La noticia que hemos recibido hemos de gritarla a otros. Si de verdad hemos tocado a Cristo, tampoco nosotros podemos callar «*lo que hemos visto y oído*». No somos sólo receptores. Cristo resucitado nos constituye en heraldos, pregoneros de esta noticia. Una noticia que es para todos. Una noticia que afecta a todos. Una noticia que puede cambiar cualquier vida: ¡Cristo ha resucitado, está vivo para ti, te busca, tú eres importante para Él, ha muerto por ti, ha destruido la muerte, te infunde su vida divina, te abre las puertas del paraíso, tus problemas tienen solución, tu vida tiene sentido, y vale la pena vivirla con alegría, a pesar de los problemas!

Creer en el Resucitado es comenzar a vivir como resucitados. Los apóstoles dan testimonio de Aquel en quien han creído. Y viven como resucitados. Los cristianos, la Iglesia ha de anunciar a todos la Resurrección. Nosotros mismos somos testigos de que “*hemos pasado de la muerte a la vida*”.

II. LA FE DE LA IGLESIA

La Resurrección (639-658).

«¿*Por qué buscan entre los muertos al que vive? No está aquí, ha resucitado*» (Lc 24, 5-6). En el marco de los acontecimientos de Pascua, el primer elemento que se encuentra es el sepulcro vacío.

El misterio de la **resurrección** de Cristo es un **acontecimiento real** que tuvo manifestaciones históricamente comprobadas como lo atestigua el Nuevo Testamento.

El sepulcro vacío y las vendas en el suelo significan por sí mismas que el cuerpo de Cristo ha escapado por el poder de Dios de las ataduras de la muerte y de la corrupción. Preparan a los discípulos para su encuentro con el Resucitado.

La fe en la Resurrección tiene por objeto un **acontecimiento** a la vez **históricamente atestiguado** por los discípulos que se encontraron realmente con el Resucitado, y **misteriosamente trascendente** en cuanto entrada de la humanidad de Cristo en la gloria de Dios.

«*Si no resucitó Cristo, vana es nuestra predicación, vana también su fe*» (1 Co 15, 14). La Resurrección constituye ante todo **la confirmación de todo lo que Cristo hizo y enseñó**. Todas las verdades, incluso las más inaccesibles al espíritu humano, encuentran su justificación si Cristo, al resucitar, ha dado la **prueba definitiva de su autoridad divina** según lo había prometido.

La Resurrección de Cristo es **cumplimiento de las promesas del Antiguo Testamento y del mismo Jesús** durante su vida terrenal. La expresión "*según las Escrituras*" indica que la Resurrección de Cristo cumplió estas predicciones.

La verdad de la **divinidad de Jesús es confirmada por su Resurrección**. El había dicho: «*Cuando hayan levantado al Hijo del hombre, entonces sabrán que Yo Soy*» (Jn 8, 28). La Resurrección del Crucificado demostró que verdaderamente, Él era "YO SOY" (YAHVEH), el Hijo de Dios y Dios mismo. San Pablo pudo decir a los judíos: «*La Promesa hecha a los padres, Dios la ha cumplido en nosotros... al resucitar a Jesús, como está escrito en el salmo primero: "Hijo mío eres tú; yo te he engendrado hoy"*». **La Resurrección de Cristo está estrechamente unida al misterio de la Encarnación** del Hijo de Dios: es su plenitud según el designio eterno de Dios.

Hay un **doble aspecto en el misterio pascual**: por su muerte **nos libera del pecado**, por su Resurrección **nos abre el acceso a una nueva vida**. Esta es, en primer lugar, la justificación que **nos devuelve a la gracia de Dios** «*a fin de que, al igual que Cristo fue resucitado de entre los muertos... así también nosotros vivamos una nueva vida*» (Rm 6, 4). Consiste en la victoria sobre la muerte y el pecado y en la nueva participación en la gracia. **Realiza la adopción filial** porque los hombres se convierten en **hermanos de Cristo**, como Jesús mismo llama a sus discípulos después de su Resurrección: «*Vayan y avisen a mis hermanos*». Hermanos no por naturaleza, sino **por don de la gracia**, porque esta filiación adoptiva confiere una **participación real en la vida del Hijo** único, la que ha revelado plenamente en su Resurrección.

Por último, la Resurrección de Cristo y el propio Cristo resucitado es **principio y fuente de nuestra resurrección futura**: «*Cristo resucitó de entre los muertos como primicia de los que durmieron... del mismo modo que en Adán mueren todos, así también todos revivirán en Cristo*». En la espera de que esto se realice, Cristo resucitado vive en el corazón de sus fieles. En Él los cristianos "*saborean los prodigios del mundo futuro*" y su vida es arrastrada por Cristo al seno de la vida divina «*para que ya no vivan para sí los que viven, sino para aquel que murió y resucitó por ellos*».

Resucitados con Cristo (1002-1004).

Cristo, «*el primogénito de entre los muertos*», es el **principio de nuestra propia resurrección**, ya desde ahora por la **justificación** de nuestra alma, más tarde por la **vivificación** de nuestro cuerpo.

Si es verdad que Cristo nos resucitará en "*el último día*", también lo es, en cierto modo, que nosotros **ya hemos resucitado con Cristo**. En efecto, gracias al Espíritu Santo, la vida cristiana en la tierra es, desde ahora, una participación en la muerte y en la Resurrección de Cristo: «*Sepultados con él en el bautismo, con él también ustedes han resucitado por la fe en la acción de Dios, que le resucitó de entre los muertos... Así pues,*

si han resucitado con Cristo, busquen las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios».

Unidos a Cristo **por el Bautismo**, los creyentes participan ya realmente en la vida celestial de Cristo resucitado, pero esta vida permanece «*escondida con Cristo en Dios*». Alimentados en la Eucaristía con su Cuerpo, nosotros **pertenecemos ya al Cuerpo de Cristo**. Cuando resucitemos en el último día también nos «*manifestaremos con él llenos de gloria*».

Esperando este día, el cuerpo y el alma del creyente participan ya de la dignidad de ser "*en Cristo*"; donde se basa la **exigencia del respeto hacia el propio cuerpo**, y también **hacia el ajeno**, particularmente cuando sufre: «*El cuerpo es para el Señor y el Señor para el cuerpo. Y Dios, que resucitó al Señor, nos resucitará también a nosotros mediante su poder. ¿No saben que sus cuerpos son miembros de Cristo?... No se pertenecen... Glorifíquese, por tanto, a Dios en sus cuerpos*».

III. EL TESTIMONIO CRISTIANO

«*No me servirá nada de los atractivos del mundo ni de los reinos de este siglo. Es mejor para mi morir (para unirme) a Cristo Jesús que reinar hasta los confines de la tierra. Es a Él a quien busco, a quien murió por nosotros. A Él quiero, al que resucitó por nosotros. Mi nacimiento se acerca...*» (S. Ignacio de Antioquía).

«*Cristo resucitó de entre los muertos. Con su muerte venció a la muerte. A los muertos ha dado la vida*» (Liturgia bizantina).

IV. LA ORACIÓN DEL CRISTIANO

**¡Cristo ha resucitado!
¡Resucitemos con él!
¡Aleluya, aleluya!**

**Muerte y Vida lucharon,
y la muerte fue vencida.
¡Aleluya, aleluya!**

**Es el grano que muere
para el triunfo de la espiga.
¡Aleluya, aleluya!**

**Cristo es nuestra esperanza
nuestra paz y nuestra vida.
¡Aleluya, aleluya!**

**Vivamos vida nueva,
el bautismo es nuestra Pascua.
¡Aleluya, aleluya!**

**¡Cristo ha resucitado!
¡Resucitemos con él!
¡Aleluya, aleluya! Amén.**